

SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA

Día 2 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

San Atanasio, venerado en toda la Iglesia católica por una de las más firmes columnas de la fe, por ilustre defensor de la divinidad de Jesucristo, por una de las más brillantes lumbreras de todo el mundo cristiano, y, en fin, por uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en Alejandría de Egipto por los años de 294. Sus padres eran muy distinguidos en ella por su nobleza, pero mucho más por su piedad, y así hicieron todo lo posible para dar al niño Atanasio una educación correspondiente á su religión y á su noble nacimiento. Dejose admirar desde luego, de todos los que cuidaban de su crianza, la viveza, la brillantez y la extraordinaria penetración de ingenio que manifestaba nuestro niño; conociéndose lo que había de ser con el tiempo por los rápidos progresos que hizo en las letras humanas, en una edad en que otros niños apenas saben hablar. Cuenta Rufino que, como un día de fiesta bautizó á algunos que no estaban bautizados, y que, noticioso el patriarca San Alejandro de este hecho, llamó á Atanasio, y bien informado, así de su intención como de las palabras que había dicho al echarles el agua, declaró que habían recibido legítima y verdaderamente el santo bautismo.

El suceso de este día fue para el santo obispo como un presagio de las grandes cosas á que destinaba la Divina Providencia á nuestro Atanasio, y, tomándolo á su cargo, viéndole en poco tiempo tan adelantado en las letras humanas, le aconsejó que se dedicase al estudio de las divinas, en las que seguramente se puede afirmar que pocos hicieron más progresos en tan corto espacio

de tiempo. Sus escritos en defensa de la religión son el mejor testimonio de aquella rara penetración con que comprendía todas las ciencias; pues en ellos se acredita excelente filósofo, profundo teólogo, y bien instruido en todas las demás artes, sin mostrarse extraño ni aun en la jurisprudencia; y todo esto en una edad en que, por lo común, lo más á que se puede aspirar es al deseo de saber.

Pero, al paso que cada día se iba haciendo más sabio, se hacía también más santo. Llevóle al desierto la fama de San Antonio; y en la escuela de tan insigne maestro se avanzó tan maravillosamente en menos de dos años en la ciencia de la salvación, que sin duda se hubiera levantado la Tebaida con este tesoro, si no se hubiera valido de su autoridad el patriarca de Alejandría para obligarle á que pasase á aquella ciudad.

Dejóse ver en ella con todo aquel concepto y estimación con que en todas partes se presenta un hombre de extraordinario mérito, acompañado también de una virtud extraordinaria. Desde luego fue el asombro y las delicias de los católicos, y desde luego fue también el susto y el terror de los herejes y gentiles. A los veinte años de su edad compuso contra ellos dos admirables tratados, intitulado el segundo *De la Encarnación del Verbo*. Hízole San Alejandro secretario suyo; elevóle á los sagrados órdenes, y se valió de su pluma y de su ministerio para confundir á los me^olecianos y á los demás herejes.

Pero el mayor enemigo de la Iglesia, contra quien singularmente estaba destinado el celo y la pluma de Atanasio, era el impío Arrio, presbítero de Alejandría, y cura de la parroquia de Baucala, que, habiendo sido depuesto y privado del curato por San Pedro, patriarca, supo disimular tan artificiosamente la maligna travesura

de su ingenio y el veneno oculto de su emponzoñado corazón, cubriéndolo todo con cierto exterior aparato de compunción y de penitencia, que engañado San Aquilas, sucesor de Pedro y hombre de excesiva bondad, no sólo le había restituido á la posesión de su curato, sino que le había conferido el orden del sacerdocio, que aún no tenía al tiempo de su deposición. Viéndose ya cura por sus artificios, aspiró á versé patriarca; y no pudiendo tolerar que le hubiesen pospuesto á San Alejandro, se declaró cabeza de partido y, comenzando á declamar contra la divinidad de Jesucristo, fue el mayor y más pernicioso enemigo que ha conocido la Iglesia.

Apenas descubrió la cabeza este monstruo, cuando salió Atanasio á combatirle y aniquilarle; pero como nunca faltan recursos á la herejía, aunque Arrio quedó muchas veces convencido y avergonzado, así en particular como en público, por nuestro Santo, encontró parciales aun dentro del mismo clero; y tantos, que, para atajar el mal, se consideró necesario convocar el célebre Concilio de Nicea. Concurrió á él Atanasio acompañando á su obispo, y sobresalió mucho en el Concilio, no menos por su sabiduría que por el ardor de su celo. Fue anatematizada por el Sínodo la impiedad arriana, y se hizo célebre nuestro Santo por las disputas públicas que tuvo con el heresiarca, en las cuales le dejó enteramente confundido. Asombró tanto á los Padres su vigilancia, su penetración en descubrir los artificios de los herejes, su delicadeza y su solidez en desenredar sus sofismas, y su sagacidad en desconcertar todas las medidas que iba tomando el partido, que, aunque á la sazón no era más que diácono, ya le consideraban todos como el azote de los arrianos y como una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia.

Concluido el Concilio, se volvieron á Alejandría San Alejandro y su diácono; pero, consumido el santo

patriarca por el rigor de sus penitencias y trabajos, murió santamente cinco meses después. Poco antes de expirar, como no viese por allí á Atanasio, que de intento se había retirado, y aun huido por que no le hiciesen su sucesor, exclamó con espíritu de profecía: *Atanasio, tú piensas escaparte con la fuga, pero ésta no te librará de la silla patriarcal.* Murió Alejandro, y fue proclamado por patriarca Atanasio con unánime aclamación del clero y pueblo. Sólo tardó en consagrarse lo que tardó en descubrirse, porque, en efecto, se había escondido tan de veras y tan bien, que en seis meses no fue posible saber dónde paraba; pero, descubierta en fin, su tesón en no querer aceptar la dignidad sólo sirvió para que todos se confirmasen más y más en lo mucho que la merecía: no dando oídos ni á sus razones ni á sus lágrimas, fue consagrado el día 27 de Diciembre del año 326; y desde luego hizo conocer á todos que no era fácil encontrar sujeto más digno de ocupar la segunda Silla de la Iglesia universal.

Mirábanle ya los arrianos como al más cruel azote de su secta; y no habiendo podido estorbar su consagración, hicieron cuanto pudieron para que se declarase por ilegítima, tachándola de menos canónica. Llegaron las quejas y las calumnias á la corte del Emperador, siendo los que más las esforzaban Eusebio de Nicomedia, Theonis y Alaris, insignes protectores del arrianismo; pero todos sus artificios se convirtieron en vergonzosa confusión de sus mismos autores. En el mismo punto en que Atanasio fue elevado á la Silla patriarcal, se cuenta que el espíritu de Dios dijo á San Pacomio: *Yo he puesto á Atanasio por columna y por lumbrera de la Iglesia; muchas tribulaciones y calumnias tendrá que padecer en defensa de la fe y de la virtud; pero será siempre sostenido por la gracia de Jesucristo, vencerá todas las tentaciones y anunciará á las iglesias la verdad del Evangelio.*

Cumplió bien y exactamente con todas las obligaciones de obispo; porque, siendo hombre consumado en ciencia y en virtud, no sólo era la admiración de los demás prelados, sino su más perfecto modelo. No obstante ser su diócesis una de las más dilatadas de toda la Iglesia, pocas ovejas dejaban de oír cada año la voz de su pastor, y ninguna se escapaba á su solicitud y vigilancia pastoral. Era dulce, afable, compasivo; y haciéndose todo á todos para ganarlos á todos, nunca se separaban de su celo la caridad y la dulzura.

Ni sus trabajos apostólicos, aunque tan continuos y de tan gran fatiga, disminuían un punto el rigor de sus penitencias. A la acción y al estudio acompañaban siempre el ayuno y la oración. Sus rentas eran únicamente para los pobres; y siendo igual su actividad en socorrer las necesidades espirituales que las corporales, se adelantaba á prevenirlas; como era pastor y era padre, daba gran realce á su caridad el dulcísimo espíritu con que la acompañaba.

Mientras tanto, viéndose el desventurado Arrio desterrado por el emperador Constantino, después de haber sido condenado por el Concilio de Nicea, no dejaba piedra por mover para engañar al público y para alucinar el ánimo del menos instruido príncipe. Consiguiólo; porque presentándole una capciosa profesión de fe, que tenía apariencia de católica, logró que se le levantase el destierro; pero no pudo lograr que el Patriarca le admitiese á su comunión, conociendo la mala fe con que procedía; y á pesar de las súplicas y empeños de sus parciales, nunca quiso reconciliarle con la Iglesia. Trataron éstos de delincuente contra la autoridad del Emperador su constante tesón, y, unidos los melecianos con los arríanos, no perdonaron á calumnia ni artificio para desacreditarle y para perderle.

Dieron principio á sus acusaciones delatándole de reo contra el Estado, por haber impuesto de su propia autoridad á los egipcios una especie de tributo de ropa de lino ó de ornamentos para la iglesia de Alejandría. Hallábanse casualmente en la corte dos presbíteros suyos, llamados Alipo y Macario, los cuales hicieron visible la falsedad de esta acusación; pero ni por ésas desistieron sus enemigos; antes levantaron contra él otras dos mucho más feas: la primera, que había hecho pedazos un cáliz y destruido ó arruinado una iglesia por medio de cierto presbítero que se llamaba Macario; y la segunda, que había remitido una gran cantidad de dinero á cierto rebelde, por nombre Filomeno, que había tomado las armas contra el Emperador, aspirando no menos que á usurpar el imperio. Llamóle Constantino á la corte, y, reconocida su inocencia y la malignidad de los calumniadores, le volvió á enviar á su Iglesia, colmándole de elogios.

No se acobarda la herejía, por más que sea confundida. Acusaron al Santo de que había asesinado á Arsenio, obispo de Ipsala, en Egipto, y como prueba del hecho presentaron una mano de cuerpo humano, que dijeron había cortado para sus hechizos, del cadáver de Arsenio; pero, habiendo parecido Arsenio en Fenicia, donde se había escondido ó le habían hecho esconder, y habiendo sido presentado ante los jueces vivo y sano, con las dos manos en su lugar, quedó descubierto y confundido, pero no escarmentado, el embuste de los arríanos y de los melecianos.

Verdad es que por algún tiempo hizo su efecto la vergüenza, y dejaron en paz á nuestro Santo, que se aprovechó de este paréntesis para visitar las iglesias de su obispado que, por mas distantes, oían menos veces la voz de su pastor. En esta santa visita vio la primera vez el célebre monasterio de Tabena ó de Tabenas, de que era

abad San Pacomio, quien le salió á recibir al frente de sus monjes, cuyo número era de muchos millares; los que, distribuidos en veinticuatro clases ó coros, le condujeron como en triunfo, cantando salmos, al monasterio.

Mientras tanto no se descuidaban los arríanos ni melecianos; y desesperando de poder alterar la fe ó doblar el tesón de San Atanasio, discurrieron nuevas trazas para desacreditarle en el concepto del Emperador. Obtuvieron su permiso para convocar un concilio en Cesárea de Palestina; y considerando Atanasio que este conciliábulo se componía únicamente de sus enemigos, se negó á concurrir á él. Eusebio de Nicomedia, jefe de la conspiración de los arríanos, y los demás prelados desafectos á nuestro Santo, supieron pintar esta resistencia al Emperador con tan feos colores, que desde entonces quedó imbuido en tan fuertes y tan malignas especies contra el Patriarca, que nunca fue posible después desimpresionarle de ellas. Mandó que el año siguiente se convocase un Concilio en la ciudad de Tiro, dando orden á San Atanasio de que sin falta asistiese á él; y el Santo se vio precisado á obedecer.

Cuando entró en el Concilio le ordenaron los presidentes que se estuviese en pie, como lo está un reo delante de sus jueces; lo que llenó de tan santa indignación al santo obispo Palemón, insigne confesor de Cristo, que sin poder contenerse, dirigiendo la palabra á Eusebio de Cesárea, uno de los presidentes del conciliábulo, le dijo con celoso ardimiento: *Acuérdate de la cobardía que mostraste en la última persecución. Pues ¿cómo tienes valor ni vergüenza para estar tú sentado, mientras está en pie Atanasio, hombre de vida irreprochable?* Abrieron entonces los ojos muchos santos prelados, y conociendo que los habían engañado siguieron á San Pafnucio, que tomando de la mano á San Máximo, obispo de Jerusalén, se salió de la asamblea.

No por eso desistieron los arrianos de su empresa. Formósele la causa; revivieron las antiguas calumnias, y fue de nuevo preguntado el presbítero Macario. Ya se había dado la comisión para ir á hacer nuevas probanzas sobre el supuesto asesinato de Arsenio, cuando, éste se presentó delante del conciliábulo, vivo, sano y sin que le faltase miembro alguno de su cuerpo. Sobornaron á una mala mujer para que, compareciendo ante los jueces, acusase al santo prelado de que la había quitado su honra con violencia.

Movido entonces Atanasio de uno de aquellos extraordinarios rasgos de prudencia que inspira el Espíritu Santo en los mayores aprietos, entró en el Concilio, acompañado de uno de sus presbíteros, llamado Timoteo, y, fingiendo éste que era el santo Patriarca, preguntó á la descarada mujer con resolución y con despejo: *Dime, mujer, ¿soy yo el que te violenté? ¿Soy yo el que te quité tu honor?* A lo que ella respondió con increíble descaro, mal disimulado en fingido sentimiento: *Sí, tú mismo; tú mismo eres el que me violentaste.* Y, afectando deshacerse en lágrimas, clamaba al Concilio por justicia y por venganza. Echaron con oprobio del Concilio á la mujer como merecía; pero se irritaron, se enfurecieron tanto los arrianos viendo tan vergonzosamente descubierto aquel tropel de calumnias y de imposturas, que hubieran hecho pedazos á Atanasio, á no haberse escapado de la ciudad secretamente la siguiente noche.

Pero no por eso cesaron los herejes ni se acobardaron para no forjar cada día nuevas acusaciones. Sabiendo bien lo mucho que sentía el Emperador todo lo que tocase á su nueva ciudad de Constantinopla, le aseguraron descaradamente que Atanasio prohibía la extracción de los granos que se acostumbraban sacar de Alejandría para el abasto de la corte. Irritóse tanto el

Emperador, que, sin querer dar oídos á la evidencia con que ofreció Atanasio hacerle ver la falsedad de aquella quimérica acusación, le desterró á Tréveris. Obedeció, aunque era tan visible su inocencia; y después de muchas fatigas llegó al lugar de su destierro, cuyo obispo, que era a la sazón San Máximo, le recibió con el mayor respeto, venerándole siempre como á invencible defensor de la fe y confesor ilustre de la divinidad de Jesucristo. Muerto el Emperador, Constantino el Menor, que era emperador del Occidente, después de dos años de destierro, le restituyó á su iglesia de Alejandría con cartas de recomendación muy honoríficas, en que, apellidándole oráculo de la ley divina, decía que su padre Constantino le había enviado á las Galias por algún tiempo, sólo por ponerle á cubierto contra el furor de los malignos que habían conspirado en su ruina. Imperaba en el Oriente Constancio, y, aunque se había declarado fautor de la herejía arriana, no se atrevió á oponerse á esta resolución de su hermano.

Fue recibido el santo patriarca, así del pueblo como del clero, con aquellas extraordinarias demostraciones de gozo en que prorrumpen naturalmente los corazones cuando vuelven triunfantes los que han sido perseguidos por la fe y por la religión; pero duró poco la calma. Los mismos que le habían condenado en el conciliábulo de Tiro convocaron otro en Antioquia el año de 341, en que consagraron por patriarca de Alejandría á Gregorio de Capadocia. Entró en la ciudad de mano armada el pseudo - patriarca; y, apoderándose de todas las iglesias, cometió tantas violencias, tantas profanaciones y tantos sacrilegios, que Atanasio se vio precisado á huir y á refugiarse á Roma. Recibióle con veneración el papa Julio, y escribió á los obispos de Oriente que concurriesen á Roma para terminar estas diferencias. Celebróse, este Concilio el año de 342, en el cual, se justificó Atanasio plenamente; fue aprobada y aplaudida la pureza de su

fe, no menos que el valor de su constancia; y el Papa se prendó tanto de su rara sabiduría y virtud, que le detuvo en Roma otros tres años; Opusieron con el mayor esfuerzo á que fuese restituido á su iglesia los arríanos, protegidos del emperador Constancio. Fue preciso convocar otro Concilio en Sárdica el año de 347, en el cual fue reconocida con admiración y con elogio la inocencia de nuestro Santo; el intruso Gregorio fue excomulgado y depuesto, y Atanasio restituido á su Silla. Los obispos arríanos, que se habían retirado del Concilio, se juntaron tumultuariamente en Filipópolis, y tuvieron la insolencia de excomulgar á los Padres del Concilio sardicense, y al mismo papa Julio, porque había comunicado con Atanasio. En fin, fue necesaria toda la autoridad del emperador Constante para que nuestro Santo se viese restablecido en su iglesia.

Irritaron furiosamente á los arríanos la pompa y los regocijos públicos con que le recibieron en Alejandría; y la virtud, el celo y la valerosa intrepidez con que sin cesar defendía la divinidad de Jesucristo, suscitaron contra él otra nueva persecución. Habiendo pasado Atanasio á la corte de Antioquía á besar la mano al Emperador, persuadieron los arríanos á este príncipe que con esta ocasión pidiese al patriarca una iglesia en Alejandría para los que hacían profesión de su secta. *Señor, le respondió Atanasio, vengo en ello, con tal que V. M. me conceda otra en Antioquía para los que profesan la religión católica.* Halláronse muy embarazados los arríanos con una respuesta que no habían prevenido, y se retiraron de su pretensión, teniendo por menor inconveniente carecer ellos de una iglesia en Alejandría que conceder otra á los católicos dentro de la corte.

Volvió á florecer en Alejandría la disciplina y la virtud con la vuelta de nuestro Santo; pero fue de corta

duración la tranquilidad. Habiendo muerto por este tiempo el emperador Constante, y no cesando Atanasio de escribir y de predicar contra la impiedad arriana, se vio combatido de nuevas encrespadas olas. Celebráronse contra él los conciliábulos de Arles, Aquileya y Milán, y porque San Eusebio, obispo de Verceli, San Dionisio de Milán, San Lucífero de Caller, el célebre Osío, obispo de Córdoba, y el papa Liberio no quisieron firmar la condenación de Atanasio, todos fueron desterrados, y el Santo lo fue también de su iglesia de Alejandría. Pero, no pudiendo resolverse á abandonar del todo á su querido rebaño, estuvo escondido por algún tiempo, hasta que, ensangrentada y enfurecida más la persecución, se vio precisado á retirarse al desierto; en cuyo tiempo los arrianos colocaron en la Silla patriarcal de Alejandría á Jorge, hijo de un tintorero de Capadocia; siendo tan horribles como inexplicables los sacrilegios y las maldades que cometieron los herejes en esta ocasión.

Mientras Atanasio estaba en el desierto, tuvo el consuelo de heredar el pobre, pero preciosísimo manto, que San Antonio le había dejado como en testamento á la hora de la muerte, sucedida en aquel mismo año; del que hacía tanta estimación, que lo restante de su vida usaba de él los días de las mayores festividades, como de una inestimable gala. Ni pasó ociosamente el tiempo que logró en la soledad, porque á ella debemos mucha parte de sus escritos; como la Apología que dirigió al Emperador, y el tratado de los Sínodos, que compuso con ocasión de lo que sucedió en los Concilios de Seleucia y de Rímini.

Muerto en este tiempo el emperador Constancio, y habiéndole sucedido en el imperio Juliano Apóstata, levantó el destierro á todos los obispos desterrados, y á favor de este decreto volvió Atanasio á su iglesia. Poco antes había sido muerto en un motín popular Jorge el

Usurpador; y por esta casualidad logró el santo patriarca de algún reposo, que empleó últimamente en reformar las costumbres y en establecer la disciplina eclesiástica.

Pero el que era tan aborrecido de los herejes, por precisión no lo había de ser menos de los gentiles. Sabiendo el apóstata Emperador Juliano la grande reputación en que estaba nuestro Santo, envió orden para que le quitasen la vida. Dieron aviso al Patriarca, y por que no fuese maltratado su pueblo, que estaba resuelto á exponer las suyas por defender la de su santo Pastor, se metió prontamente en un barco y, subiendo por el Nilo, hizo vela hacia la Tebaida. El que se había encargado de matarle, noticioso de su fuga, se embarcó tras él, y se dio tanta prisa, que infaliblemente le hubiera alcanzado luego, si el Santo no hubiera eludido el golpe por un rasgo de sagacidad verdaderamente superior. Mandó, pues, que su barco volviese prontamente la proa hacia Alejandría, y encontrándose presto con el otro en que navegaba el oficial, éste preguntó á los pasajeros si iba lejos la embarcación de Atanasio; y como ellos le respondiesen que no estaba muy distante, el oficial, sin detenerse á más, mandó hacer fuerza de remo para alcanzarla, y pasó adelante. Con esto volvió el Santo á la ciudad, donde estuvo oculto hasta la muerte de Juliano el Apostata, que sucedió seis meses después. Ascendió al imperio Joviano, príncipe muy católico, que, dedicando toda su aplicación á que triunfase el Concilio de Nicea, llamó á Atanasio á Antioquía, y quiso saber de su misma boca todo lo que había padecido por la religión.

No se acomodaba el Santo con hacer larga mansión en la corte, y, llamado de su obligación y solicitud pastoral, volvió cuanto antes á cuidar de su diócesis y á emprender la visita; mas parecía que el Señor había determinado santificarle por medio de las tribulaciones. La temprana muerte del piadoso emperador Joviano

volvió á encender el furor y la malignidad de los herejes. Sucedióle Valente, que favorecía á los arríanos, y la primera gracia que les concedió fue que echasen á Atanasio de su Silla. Fue general la consternación en Alejandría; y haciendo el Santo juicio que era prudencia ceder á la tempestad, se escondió en la misma sepultura de su padre, donde estuvo por espacio de cuatro meses; siendo ésta la cuarta vez que el Santo se había ocultado por evitar las funestas desgracias que ordinariamente traen consigo los motines populares que se suscitarían, si diese lugar á que le prendiesen.

Pero también parecía que el Señor disponía estas temporadas de retiro para darle tiempo á que hiciese en ellas más importantes y más permanentes servicios á la Iglesia. Porque, no contentándose su celo con combatir contra los arríanos, no era menos ardiente en reprimir á los demás herejes. Defendió la divinidad del Espíritu Santo contra los macedonianos, como había defendido contra los arríanos la divinidad del Verbo; y los últimos años de su vida escribió en defensa del Misterio de la Encarnación contra los apolinaristas.

Mientras tanto, no pudiendo el pueblo de Alejandría llevar en paciencia la ausencia de su santo pastor, comenzó á levantar el grito, tan sin reparo, que llegaron sus sentidas quejas á los oídos de Valente, quien, temiendo alguna sedición, dio orden para que se dejase á Atanasio vivir en paz en su iglesia. Mantúvose en ella hasta la muerte, empleando lo que le restó de vida en conservar la fe en toda su pureza, y la disciplina de las costumbres en todo su vigor. En fin, á los cuarenta y seis años de obispo, consumido al fuego de la más turbulenta, más tenaz y más viva persecución, murió lleno de merecimientos, el segundo día de Mayo del año 373. Según otros escritores, murió el 18 de Enero de dicho año; y celébrase hoy su fiesta, porque, trasladadas sus

reliquias desde Alejandría á Constantinopla, fueron en este día depositadas en el templo de Santa Sofía.

Las honras que se le hicieron después de muerto fueron correspondientes á la estimación y á la veneración que le profesaban cuando vivo, y en sus funerales se dejó ver toda la pompa y toda la majestad de un verdadero triunfo. En el octavo siglo fueron trasladadas sus preciosas reliquias á Constantinopla; en cuya ocasión San Germán, que era á la sazón patriarca de aquella corte, compuso un oficio nuevo en honra de nuestro Santo. Se asegura como cosa cierta que con el tiempo fueron secretamente robadas y conducidas á Venecia, donde son guardadas con la mayor vigilancia.

Merecieron siempre tan alta estimación los escritos de San Atanasio, que solía decir el abad Como que, si se hallase algún opúsculo suyo y faltase papel para copiarle, se debía trasladar y bordar sobre el propio vestido. Llámase *Símbolo de San Atanasio* el que se reza en Prima, en las dominicas. Una de las ediciones más completas de sus obras es la que Montfaucón hizo en París en 1698. Finalmente, San Gregorio Nacianceno da principio á una oración fúnebre en elogio de nuestro Santo, diciendo que alabar á Atanasio y alabar á la virtud era una misma cosa.

La Misa es en honra de San Atanasio, y la oración la siguiente:

Rogámoste, Señor, que oigas benigno las súplicas que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Atanasio, y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 4 de la segunda del apóstol San Pablo á los corintios.

Hermanos: No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo Nuestro Señor; á nosotros, pues, como siervos vuestros por Jesús; porque Dios, el cual dijo que resplandeciese la luz de entre las tinieblas, Él mismo resplandeció en nuestros corazones, para que se hiciese clara la ciencia de la gloria de Dios en el semblante de Jesucristo. Pero este tesoro le tenemos en vasos de barro, para que la superioridad sea de la virtud de Dios y no de nosotros. Por todas partes padecemos tribulación, pero no decaemos de ánimo; somos angustiados, pero no nos desesperamos; padecemos persecución, pero no somos abandonados; somos abatidos, mas no perecemos, llevando siempre por todas partes en nuestro cuerpo la mortificación de Jesucristo, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque continuamente nosotros, que vivimos, somos entregados á la muerte por amor de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Triunfa, pues, la muerte en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según está escrito: Creí, por lo cual hablé, y nosotros creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que aquel que resucitó á Jesús nos resucitará también á nosotros con Jesús, y nos colocará entre vosotros.

REFLEXIONES

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo Nuestro Señor. Sólo pueden decir esto con verdad los ministros fieles del Evangelio. Pero ¡ah, y cuántos infieles ministros hay! Muchos predicán á Jesucristo sólo por predicarse á sí mismos; el principal fin de sus sermones es su propia estimación, concepto y fama. De aquí proviene aquel eterno hablar y alabarse

de sus trabajos, de sus aplausos, de su séquito y de sus maravillas; de aquí aquel fastidio universal, aquel desdenoso menosprecio con que tratan todo lo que produce otro terreno; en sus ojos no hay frutos preciosos, sino los que son de su cosecha; pero el espíritu de Dios tiene otras máximas, habla otro lenguaje; los hombres verdaderamente apostólicos se estiman poco y se alaban menos.

Es cierto que en todas partes nos salen al encuentro las tribulaciones; mas no por eso desmayamos, ni aun nos afligimos. ¡Oh, y qué diferencia tan grande hay entre las mortificaciones que se padecen en el servicio de Dios, y las espinas que se hallan en el servicio del mundo! Aquéllas punzan poco, son fecundas, producen un fruto de incomparable delicia; éstas siempre estériles, siempre penetrantes, y tan ponzoñosas, que su herida no tiene cura.

Ello es preciso confesarlo, que las adversidades son fruta de todas las estaciones, nacen en todos los terrenos, no hay clima que no sea el propio suyo; pero las adversidades que envía Dios á los buenos son de especie muy distinta de aquellas que padecen los mundanos. Siempre acompañan á los trabajos que afligen á estas tristes víctimas de la ambición, las amarguras interiores, los remordimientos mortales, los despechos que los despedazan, y una desesperación que los devora. Pero ¿y qué recurso, qué consuelo tienen en sus miserias? Nosotros, grita el Apóstol, también tenemos mucho que padecer, pero no nos desesperamos; tampoco nos faltan aflicciones, pero también nos sobran consuelos. El mayor de todos es la consideración de la mano que siembra estas cruces y que reparte estas amarguras. Sabemos bien que el mismo sol que eleva los vapores tiene virtud para disiparlos; nos consuela mucho considerar que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza y que no

ha de permitir que perezca ni uno solo; nos sirve del mayor alivio estar muy persuadidos á que tendremos por remunerador al mismo que tuvimos por modelo, y que ha de ser nuestro Juez.

El Evangelio es del cap. 10 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando os persigan en esta ciudad, huid á otra. En verdad os digo, no acabaréis (de instruir) las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre. No hay discípulo sobre el maestro, ni siervo sobre su señor. Bástele al discípulo que sea como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Belcebú al señor de casa, ¿cuánto más á sus familiares? No tengáis, pues, miedo de ellos. Porque nada hay escondido que no se haya de descubrir, y nada oculto que no se haya de saber. Decid en día claro lo que yo os digo en tinieblas; y lo que habéis oído á la oreja, predicadlo sobre los tejados. Y no temáis á aquellos que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; sino temed más bien á aquel que puede perder el alma y el cuerpo, echándolos al Infierno.

MEDITACIÓN

Del temor de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría; la fe, la religión y el buen juicio conspiran en infundirnos este santo temor; y, á la verdad, ¿puede haber más insigne locura que no temer á Dios?

Teme á Dios, dice el Sabio, y guarda sus Mandamientos; porque esto es todo hombre. Bien se puede decir que el hombre sin este santo temor es nada. Demos que sea el más brillante, el más soberano ingenio

de todo el mundo; demos que por su nacimiento, por sus riquezas, por sus empleos, por sus prendas, descuelle sobre las cabezas de todos los mortales; si no teme á Dios, ¿qué viene á ser á los ojos de Dios, único Juez que juzga sanamente de todas las cosas? ¿Qué será á los ojos de las criaturas por la infinita duración de todos los siglos? ¿Qué será á sus mismos ojos por toda la eternidad?

Ello es preciso tener algún temor; porque el temor es igualmente efecto del amor propio que de la razón; es una inquietud del alma que se persuade no ha de llegar á conseguir un bien que desea; es una aprensión de algún mal que nos amenaza. Ninguno puede eximirse de estos afectos, porque son muy naturales, muy propios de nuestra naturaleza. Si el temor es racional, es prudencia. Pero, al fin, ¿qué es lo que se teme? El verse privado de algún bien, de que al cabo le ha de despojar la muerte infaliblemente; el perder toda o parte de la honra, de la estimación, del concepto, que consiste en una vana opinión, y que al fin se ha de desvanecer como sombra ó como sueño. Tómense las enfermedades, las dolencias, que no pueden faltar; las adversidades y los trabajos que son inseparables de la vida; en fin, se teme la muerte, que es necesario que llegue; pero no se teme á Dios, autor y único origen de todos los bienes.

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuál es el verdadero sentido de este oráculo: *No temáis á los que pueden quitar la vida del cuerpo y no pueden quitar la vida del alma.* Sea uno aborrecido, odiado, perseguido, ultrajado hasta no poder más; llegue en buena hora la persecución hasta quitarle la vida; éste es un bien que al fin es necesario perderle. De aquí no puede pasar todo el poder y toda la malignidad de los hombres; lo más que pueden hacer es anticipar algunos días este despojo inevitable; pero esta alma eterna é inmortal no es de su

jurisdicción. ¡ Cuántos ilustres mártires expiraron en los cadalsos ! ¡ Cuántos inocentes fueron maltratados! ¡ Cuántas personas virtuosas vivieron arrinconadas y cubiertas de polvo! Buen ejemplo es el de San Atanasio. Fue su desgracia obra de la malicia de los hombres; pero esta desgracia sólo sirvió para añadir mayor estimación á su mérito, para que brille más su grande gloria en el Cielo: todas sus persecuciones, todas sus desgracias sirven de asunto á su elogio.

Pero temed, prosigue el Salvador, al que puede precipitar al cuerpo y al alma en el Infierno. ¿A quién se ha de temer, si no se teme á un Dios tan poderoso, á un Juez tan formidable?

Es el temor de Dios aquel cercado que defiende la viña; abierto el cercado y echado por tierra, queda expuesta á que todos la vendimien, la pisen y la destruyan.

Dadme, Señor, este santo temor vuestro tan necesario y tan saludable. Ámeos yo, divino Salvador mío, y nada tema tanto como ofenderos, nada como no amaros en tiempo, y como perderos por toda la eternidad.

JACULATORIAS

Penetrad mi alma de vuestro santo temor, para que me libre de la terribilidad de vuestros juicios.—*Ps. 118.*

Bienaventurado el hombre que teme al Señor y coloca todo su consuelo en guardar exactamente sus santos Mandamientos.— *Ps. 111.*

PROPÓSITOS

1. *El principio de la verdadera sabiduría, dice el Profeta, es el temor de Dios.* La mayor prueba de un entendimiento corto y de un corazón estragado es no temerle. Hay un temor servil, que es el de los esclavos, los cuales temen el castigo, sin dárseles nada por el mérito de la persona ofendida; *pero nosotros, dice San Pablo, no somos hijos de la esclava, sino de la libre* (Ad Gal., 4); y nuestro temor debe ser como el de aquellos buenos hijos que sólo temen ofender al padre á quien tiernamente aman. Cuanto más se ama á uno, más se teme desobedecerle y enojarle. De aquí nace aquella exactitud en cumplir con las obligaciones del estado, aquel anticiparse á prevenir el precepto, aquella delicadeza de conciencia en todo lo que toca á la religión y á la piedad. Procura conseguir este temor de Dios tan saludable.

2. Huye cuanto puedas de tratar con aquella especie de personas que se precian de *espíritus fuertes*, esto es, que temen poco ó nada; de aquellas que tienen por lícito todo lo que lisonjea á la concupiscencia y al amor propio, que nada dudan, en nada reparan y tratan de menudencias, de bagatelas, de devociones mujeriles las devociones más provechosas. El trato con esta especie de gentes, aunque por lo común parezca juiciosa y arreglada, siempre es contagioso. No te avergüences de parecer hombre timorato. Examina si hay algo que reformar en tu casa, en tu familia, en tu persona, en tu conducta; mira si tienes que temer algo en tus hijos, en tus criados inferiores, en tus dependientes; repíteles aquella admirable lección que daba Tobías á su hijo: *Acuérdate todos los días, todos los instantes de tu vida, de que estás en la presencia de Dios, y guárdate bien de consentir en algún pecado.*

Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el amor y el temor perpetuo de vuestro Santo Nombre;

porque nunca desampara vuestra providencia á los que afianzáis en la solidez de vuestro amor. Por Nuestro Señor Jesucristo.